

Carta de Varsovia¹

CARTA 1982

Tú que estás cautivado por el misterio de la condición humana, ¿acaso lo ignoras? Cristo abre, en cada uno, una senda de esperanza. Él atraviesa contigo las contradicciones interiores, el miedo y la alegría, las dudas y la confianza, la rebeldía y el perdón.

¿Resignarse frente a las contradicciones? Resignarte no, sino darle tu confianza. El Resucitado nunca niega que en la condición humana existe el secreto de una esperanza e incluso de una felicidad. Resignarte no, pero sí ceder en tu interior, abandonarte al Espíritu Santo, al Cristo que está vivo.

Abandónate. Él, el Resucitado, ha depositado en tu interior su confianza. Él ofrece esta curación de los desgarrones que, en el Evangelio, se llama reconciliación. Sí, descansa en paz sólo en Dios. ¿Cómo podrías descubrir si no, lo que, día tras día, él coloca ante ti?

Cristo espera sólo tu elección. Una elección de lo esencial, repetida sin cesar, en medio de tus actividades. ¡Elegir! Nadie puede hacerlo por ti. ¿Entrarás por el camino que, yendo más allá de las situaciones de bloqueo, te permitirá presentir una esperanza creadora?

¿Quieres elegir la paz y perdonar?

La paz. Ella empieza en ti mismo, pero, también allí donde te encuentres.

¿En ti mismo? En el océano subyacente en cada uno, hay, en alguna parte, en el interior del ser humano, una espera de Dios jamás interrumpida ni perdida. Incluso para quien no cree, esta espera está ahí, de forma implícita; para el creyente, es una esperanza de lo que no ve; para el cristiano, es una espera contemplativa del Cristo Jesús que ama, reza y reconcilia en nosotros². En esta espera, al que escucha a Dios, de día o de noche, se le responde: paz³.

¿Allí donde te encuentres? Tanto si vives solo como con otros, ¿llegará tu casa, o tu única habitación, a ser como una «casa de Nazaret»⁴ donde acoger la paz?

Dios confía a todos una o varias personas. Más o menos, todos han recibido un don pastoral para escuchar a otro y llegar a captar lo que le hace mal⁵. Escuchar; no dar consejos ni expresarse con expresiones categóricas como «es necesario». Escuchar, para allanar el terreno y preparar los caminos de Cristo.

Escuchar lo que hay «bajo el corazón» del otro, hasta que oiga brotar la esperanza: ella está ahí, incluso bajo el corazón del ser inflexible, descorazonado... Saber escuchar nos lleva a tener una visión mística del ser humano; este ser humano que puede experimentar la fragilidad y el resplandor, el abismo y la plenitud.

No hay paz sin perdón. El Viviente⁶, el Resucitado, olvidado tan a menudo, da su confianza y su perdón. Colmado por su perdón, llegas a ser ligero como un niño. Por tu parte, tú ofreces tu perdón gratuitamente, no para cambiar al otro. Perdonar es renunciar a saber lo que el otro hará con tu perdón⁷.

¿Serás tú de los que hacen surgir el compartir y la confianza entre los pueblos?

Haz de tu casa, o tu única habitación, una «casa de Nazaret»; prepárala con una belleza sencilla para recibir e ir delante del prójimo. Invita e intenta comprender a aquellos que han hecho las opciones más opuestas. Osa dar el primer paso para crear la confianza entre los pueblos a través de una acogida recíproca entre las distintas razas. En esta época en la que tantas viviendas se cierran, y en la que múltiples iniciativas han fracasado desde su punto de partida, si cada uno se abriera a aquellos que pertenecen a otro origen, la cuestión racial estaría, más o menos, solucionada.

Tu vivienda, siempre ligada a la comunidad local⁸, será un lugar para buscar con otros; para descubrir cómo alentar los derechos humanos, cómo reconocer a tu alrededor los signos de

esperanza, compartirlos y celebrarlos. Sin ello, las creencias humanas más importantes e incluso la esperanza en Dios se desvanecen.

Una vida de comunión con Dios no es una hazaña personal, ni se realiza a través de sueños suspendidos de las nubes. Lejos de olvidarte del prójimo tú la vivirás en lo concreto de las situaciones. Tú encontrarás las contradicciones de la condición humana en las sociedades contemporáneas, con sus dominantes principales: la fascinación de las posibilidades del poder, el éxito a cualquier precio. Si algunas soluciones son, aparentemente, brillantes, de hecho, ellas convierten nuestra civilización en algo áspero y rudo. Y su fuerza suscita el miedo entre los pueblos.

Con toda una joven humanidad a través de la tierra, tú esperas que se reduzcan las fronteras entre los pueblos. Ir los unos a la casa de los otros: ¡eso es una fiesta! Sin conocerse, ¿cómo lograr que brote la confianza y el compartir entre los pueblos? ¿Cómo curar los desgarrones y reconciliarse? ¿Cómo unirnos al Resucitado en su peregrinación de Crucificado en medio de la humanidad? Él acompaña hasta el final de los tiempos a aquel que atraviesa una dificultad.

Con esta joven humanidad, tú rechazas el alentar los egoísmos sagrados: sean de un continente, una nación, una raza o una generación. Tú deseas que se dé la misma confianza a cada pueblo de la tierra, y no sólo a unos cuantos. Para distribuir los bienes materiales entre el Norte y el Sur, para reparar las rupturas entre el Este y el Oeste, tú sabes que hay una urgente necesidad de autenticidad, de un corazón recto: ¿quién podría, hombre político o no, lanzar una llamada a la paz y no hacerla realidad en sí mismo? «Prepara en ti un corazón sincero y valiente»⁹.

¿Serás tú de aquellos que, a través de toda la tierra, buscan en Dios su perseverancia y comprometen todos los recursos interiores y espirituales para anticipar la incomparable confianza entre los pueblos, la paz y la reconciliación, no de forma superficial, sino en profundidad¹⁰?

¿Estás dispuesto a realizar, sin retraso, una parábola de reconciliación?

¿Será tu casa, o tu única habitación, la «casa de Zaqueo»¹¹: la casa del perdón, una parábola de la reconciliación? El perdón es la realidad más asombrosa y generosa del Evangelio, es, sin duda, un milagro. ¿Cómo es posible, entonces, que los mismos cristianos lleguen a hacer uso del arma tan poco evangélica de la culpabilidad e incluso la sospecha? Ella mata la esperanza. Dios no viene a atormentar la conciencia humana, ni nos quiere borrachos de culpabilidad, sino colmados de su perdón. Tú tocas ahí, lo absoluto de Dios.

Muchos se interrogan contigo: ¿por qué esta inconsecuencia en los cristianos? ¿Cómo referirse al perdón y permanecer opuestos, separados, no sólo por las antiguas sino incluso por las recientes y tan terribles divisiones? Ello tiene sus consecuencias sobre la paz mundial¹².

Cuando, a tu alrededor, tantos jóvenes atraviesan con dificultad la tentación de la duda y abandonan las iglesias, la inconsecuencia de las divisiones entre los cristianos añade un peso más. Desde hace siglos, estas divisiones sacuden Europa y el mundo entero: ellas paralizan las energías creatrices¹³. Tú deseas intentarlo todo para que los jóvenes que perseveran en esta comunión de comuniones que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia, un pueblo contemplativo, no queden encerrados en los conflictos entre cristianos.

De ti depende el anticipar sin retrasos una reconciliación¹⁴. Anticipar es una expresión de la esperanza. Y es vivir ya, sin retrasos, lo que esperamos. Hasta el atardecer de tu vida nada te dará un corazón más atento y más joven.

Reconciliarse entre cristianos, no para ser más fuertes que cualquier otro, sino para ser fermento de reconciliación y de confianza entre creyentes y no-creyentes. Los cristianos se replegarían sobre sí mismos si esta pasión de Cristo, reconciliarse, no nos condujera a apasionarnos por la paz y la reconciliación de toda la familia humana.

Tras una separación, cuando aquel que renuncia con vistas a reconciliarse, escucha como respuesta palabras como: «Yo te quiero bien, pero yo lo tengo todo, y no veo lo que tú puedes aportar», llega la humillación. No es una reconciliación: Por una parte hay el perdón, y por la otra un bloqueo, por no hablar de suficiencia. Y un rechazo de la reconciliación que alcanza tan profundamente, inmoviliza.

¿Cómo anticipar una reconciliación? Empezando por reconciliar en ti mismo lo mejor de los dones depositados por Dios en el pueblo cristiano durante dos mil años de peregrinación. En tus manos está el alabar a Dios por estos dones. Tú podrás amarlos y llegar hasta asumirlos en ti

mismo. Sobre este camino no existe el riesgo de llegar a ser, para los tuyos, un símbolo de renegación, ni de herir las fibras del alma de aquellos que son de tu familia de origen¹⁵. Y tú lo descubrirás para dar cumplimento:

Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de las Iglesias ortodoxas, es confiarse a la alegría de una presencia, la del Resucitado, la del Espíritu Santo¹⁶.

Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de las Iglesias salidas de la Reforma, es dar tu confianza a la Palabra de Dios para meterla en práctica inmediatamente en la vida personal¹⁷.

Asumir en sí mismo lo mejor de los dones de la Iglesia católica, es acoger la irremplazable presencia de Cristo en la Eucaristía; acogerla con el perdón dado en la mismísima fuente de la reconciliación¹⁸.

Sí, Cristo te precede en las fuentes de su alegría, su confianza y su perdón. Tú, adelántate a la aurora.

Levántate. El Resucitado pasa junto a ti. Él libera un camino de esperanza. Él viene a ofrecerte que atraveses las mismísimas contradicciones. Él prepara la curación de los desgarrones, y te concede realizar una parábola de reconciliación. Ve. Y sé fermento de confianza, cerca y lejos de ti... y lo inesperado se hará realidad.

Hoy a 8 de Diciembre de 1981

1. A lo largo del año 1981, el hermano Roger encontró las ideas para escribir esta Carta, no sólo en Taizé o en los distintos países occidentales, sino yendo cinco veces a los países del Este (Checoslovaquia, Polonia, Alemania Oriental, Yugoslavia, y, en Navidad, a Varsovia).

2. En nuestra oración, lo que cuenta no es sentir una exaltación cualquiera, ni tampoco lo que podemos experimentar; lo más importante es que Cristo reza en nosotros, con nosotros (ver Rom 8, 10; 11, 26-34).

3. Cuando la espera de Dios se vive en común, está claro que el canto permanece como una de las expresiones más esenciales. Los cantos concebidos con una frase breve, repetida largamente, subrayan el carácter meditativo de la oración. Con pocas palabras, expresan una realidad fundamental, captada rápidamente por la Inteligencia e interiorizada, poco a poco, por toda la persona. Las parroquias, en un deseo legítimo de ir al encuentro del hombre secularizado, han creído, a menudo, que su deber era secularizar incluso sus celebraciones. Pero, si la oración llegara a ser excesivamente cerebral, desconcertaría y no llegaría a alcanzar las profundidades del ser humano. Hoy es más esencial que nunca intentar hacer de cada iglesia un lugar de una belleza acogedora, y recordar que es Cristo nuestro interlocutor: la oración no puede ser un diálogo horizontal en el que, creyendo hablar a Dios, lo que en realidad pretendemos es transmitir a los otros las propias ideas. En una oración común, bastan unas lecturas breves, unos cantos sencillos, sobretodo pocas palabras, y un único y extenso momento de silencio (y no varios, para evitar la pesantez).

4. Esta idea de una casa «de Nazaret» o más adelante «de Zaqueo», no es para dar nombre a un «movimiento». Ella no puede vivirse más que en nombre del Evangelio. La Virgen María nos enseña a este respecto, el gesto de la ofrenda. Ella no guardó su Hijo para sí misma, sino que lo ofreció al mundo. He aquí por qué queremos ofrecer aquellos que Dios nos ha confiado provisionalmente y no queremos organizar los jóvenes que vienen a Taizé en un «movimiento»; lo que intentamos es comprender con ellos las realidades de la comunidad local donde ellos viven, con el resto de las generaciones. En Taizé, no queremos ser otra cosa que un lugar de oración, de contemplación, donde se buscan las fuentes esenciales, para dar sentido a su vida, recordando que el ser humano no se realiza sino en presencia de Dios.

5. La parte de don pastoral de un bautizado no se confunde con el ministerio eclesial. Ciertamente, en un mundo secularizado en el que la Iglesia se hace cada vez más subterránea, la preparación del laicado se impone más que nunca. Pero, éste no elimina la gran exigencia e incluso la urgencia de una vocación para el ministerio eclesial. Una llamada no puede ser exaltada a expensas de otra, eso significaría dejar caer un aspecto de la vida de la Iglesia. En Taizé, a lo largo de los encuentros de jóvenes, muchos muestran una sensibilidad frente a la vocación para el ministerio eclesial. A lo largo de este año, entre las distintas posibilidades ofrecidas figurará, también, la de pasar una o dos semanas reflexionando en torno a la parte de corazón pastoral depositado en cada uno, y sobre los múltiples dones que exigen una realización, una extensión. No olvidemos que la intuición ejercida a lo largo de toda una vida de escucha, permite a hombres e mujeres adultos, comprender casi sin palabras al que viene a confiarse.

6. Lo que es específico del cristiano es que él se refiere a un ser Vivo: este Cristo que, torturado sobre una cruz, tendido en la tumba y resucitado, acompaña cada ser humano hasta el final de los tiempos.

7. El perdón es, a menudo, algo difícil para la mentalidad contemporánea, para la cual siempre es necesario un rival; saber quién tuvo razón y quién se equivocó; y en la cual, reconocer sus faltas es considerado como una humillación.

8. Lo que en esta carta se dice en torno a las «casas», no hace más que prolongar lo que las cartas precedentes habían expresado sobre las comunidades locales, las parroquias (cartas de Italia, de América Latina, de África). Por muy frágiles que sean, las parroquias siguen siendo, en todo el mundo, un lugar que llega a atravesar las crisis sucesivas. A pesar de la rigidez y la lentitud de adaptación, de nosotros depende el participar en su transfiguración. Si algunos se aburren en las iglesias, y el aburrimiento es un sufrimiento espiritual, quizás en sus manos está el perseverar para que

las parroquias conozcan una oración generosa y que, en la expresión humana de la liturgia, se descubra la plenitud de Dios.

9. Ver Sirac 2, 1-6.

10. La paz y la reconciliación sólo se realizan en las profundidades. Creyentes o no, no llegan a ello, si se mantienen en la superficie de las cosas. Por cuanto resguarda a la reconciliación entre los cristianos, es sólo en lo profundo que ella puede cumplirse: ella se construye allí, sobre la roca que es Cristo, y no sobre la arena. Jóvenes de un país del Este escribían: «Presentimos que en todo lo que ha sucedido, Jesús puede enviar su Espíritu y que todo ello es una preparación de una primavera de la Iglesia. Incluso quien no tiene ningún medio ni ninguna posibilidad exterior, puede hacer esto: en pequeñas comunidades, con sus hermanos, con María y los apóstoles, rezar esperando el Espíritu. Esta es nuestra vocación por el momento: rezar para que el pueblo de Dios llegue a ser un pueblo contemplativo». Otros, también del Este, recuerdan las palabras de Cristo: «A vosotros que me escucháis os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a quien os odia, bendecid a quien os maldice, orad por quien habla mal de vosotros» (Lucas 6, 27-28).

11. Ver Lc 19,1-10.

12. Cerca de la muerte. Jesús pide a sus discípulos que estén atentos con él, pero ellos se duermen (Mt 26, 36-46). Sobre su cuerpo, sudor y sangre (Lc 22, 44). Él reza por los suyos: no pide que sean separados de la comunidad humana, sino que sean protegidos del mal. Presintiendo los desgarrones de la humanidad, él pide que exista entre los suyos la misma unidad que él mismo tiene con Dios; y él reza para que la comunión entre los cristianos sea tan visible y transparente que dé acceso a Dios (ver Jn 17). Los cristianos despiertan a Dios por su existencia más que por sus palabras: a través del espíritu de unidad, a través de lo que son, el Evangelio es reflejado hasta tal punto que el ser humano puede revelar el esplendor de Dios.

13. La división de los cristianos en confesiones, a menudo, les ha convertido en partisanos, en «patriotas» de su confesión, en defensores de una idea. Lo mismo se puede decir de las nuevas divisiones que actualmente descuartizan el Cuerpo de Cristo. Pero el Evangelio es un total desinterés. Él no llama a los cristianos a hacer adeptos, sino a ser miembros del Cuerpo de Cristo.

14. Hace un año, la «Carta de Italia» llamaba a una reconciliación sin retrasos, en lo inmediato, pero no decía cómo. La presente carta presenta una vía: anticipar en sí mismo la reconciliación.

15. El mismo Cristo no quiso abolir lo mejor que los suyos habían recibido: el Antiguo Testamento. Él quiso dar cumplimiento (Mt 5, 17). No olvidemos que la mayor parte de los cristianos admiten que la Iglesia es ya una por un mismo bautismo. Por otra parte, ¿no sería importante el considerar que si la Iglesia, Cuerpo de Cristo, tiene contornos visibles, al mismo tiempo está constituida por círculos concéntricos cada vez mayores?

16. En las Iglesias ortodoxas la presencia del Resucitado, la del Espíritu Santo, se expresa sobretodo en la liturgia, hasta el punto que Incluso los no-creyentes llegan a presentirlo. La liturgia hace posible la proximidad del Resucitado en la vida cotidiana. Es de ahí de donde las Iglesias ortodoxas han sacado a menudo, a lo largo de su historia, el coraje para ir por fidelidad hasta el extremo del amor.

17. La Biblia ha removido, trabajado hasta lo más íntimo, al cristiano protestante. Una palabra de Dios, tomada, no de forma aislada, sino en el conjunto de la Escritura, determina un compromiso personal. Este amor por la Escritura, ha hecho nacer místicos, escritores y poetas, en el protestantismo de los siglos XVII y XVIII. Este mismo amor ha inspirado a un Juan Sebastián Bach sus más bellas creaciones musicales, que son cantadas a lo largo de todo el mundo. A partir de la meditación de la Escritura, en el protestantismo se ha desarrollado la oración espontánea que sube del corazón y se expresa en Intercesiones por los otros o en un reconocimiento hacia Dios. Es un tesoro del Evangelio. En cuanto se refiere a la Iglesia anglicana, animada por este mismo amor por la Palabra, ha intentado, a lo largo de toda su historia, vivir hundiendo sus raíces en la tradición que precedía a la Reforma.

18. La Iglesia católica es sobretodo la Iglesia de la Eucaristía. La Eucaristía, íntimamente ligada a la Iglesia, da paso a un amor por esta única comunión que es la Iglesia, e incluso sostiene una visión mística del hombre y la Iglesia. Para la Iglesia católica, la Eucaristía es la fuente de unanimidad de una misma fe. He aquí por qué se concede tanta atención pastoral a la búsqueda de una reconciliación entre cristianos que no finalice en una nivelación o relativización de los fundamentos de la fe. La Eucaristía es recibida a lo largo de toda la vida con un espíritu de pobreza y arrepentimiento de corazón, con un alma de niño. Y el sacramento de la reconciliación está ahí para dar la certeza personal del perdón. Es verdad que algunos, muy seriamente, hacen un uso frecuente de la confesión, puesto que les resulta tan necesario el vivir de este signo visible que borra todo el pasado. Otros, con la misma seriedad, hacen un uso menos frecuente, puesto que saben que Dios les guarda en su perdón.